



Por **ORLANDO FOMBELLIDA CLARO**
fombeclaro@gmail.com

CUANDO un huracán amenaza con pasar por determinado territorio, quienes en él residen adoptan medidas para mitigar su impacto, por ejemplo, aseguran techos, paredes, puertas y ventanas de sus casas; acopian agua potable, alimentos, con qué cocinarlos, linternas, faroles y velas.

Eso es tener percepción de riesgo y actuar en consecuencia, porque como dice la sapiencia popular, vale

más precaver que tener que lamentar.

Debido al peligro que representa el nuevo coronavirus (Covid-19), las autoridades sanitarias, políticas y del gobierno en Granma, insisten en la necesidad de incrementar en la población la percepción del riesgo al respecto, mediante la capacitación y la divulgación.

No se trata de que cunda el pánico, sino de tener conciencia de la amenaza y poner en práctica las medidas para prevenir el contagio de esa enfermedad.

La percepción de riesgo es la habilidad de detectar, identificar y reaccionar ante una situación de peligro.

Estudiosos del asunto plantean que, en general, las personas no desean poseer una sensación de riesgo mayor de aquella que ya asumieron, por lo que es ineludible considerar cómo se percibe el riesgo, cómo debemos evaluarlo, qué límites debemos aceptar y cómo administrarlo y gestionarlo.

Los juicios intuitivos -añaden- están relacionados tanto con estructuras personales, cognoscitivas,

emocionales y de motivación, como con los ambientes sociales y laborales. En resumen, los riesgos existen en un marco de conocimiento, valores y estándares.

Desigual es la lucha contra el nuevo coronavirus, pues es invisible a la vista, pero el hombre sabe cómo protegerse de este y adopta medidas para cuidar su salud y la de sus semejantes.

Así, en la medida que se tenga una adecuada percepción de riesgo en cuanto a esa enfermedad, aumentan las posibilidades de evitar contraerla.



Por **LUIS MORALES BLANCO**
moralesjosster@gmail.com

HAY edades en las cuales todo duele, en mañanas frías o calurosas, en tardes nubladas o soleadas, o sea, siempre, levantarse al romper el alba o de una siesta, resulta un acto heroico.

Esto tiene como agravantes ciertos "golpes" que pueden lesionar cuerpo y espíritu, como le sucedió a una antigua colega de nuestro "antañón" paso por la docencia universitaria.

La profesora sostiene una lucha tenaz contra la artrosis de las rodillas y la espina dorsal, junto a otras dolencias, por lo que se vio obligada a buscar un bastón como apoyo ortopédico, pero ella afronta la vida con una actitud jocosa: "Me duele,

pero hay que seguir viviendo", suele afirmar sonriendo.

Hace poco, mientras compraba huevos en uno de los mercados bayameses y su afán era regresar sin "bajas por roturas", un desalmado le hurtó el bastón (o una serie de sinónimos que van desde robó hasta..., si tenemos en cuenta la catadura del ladrón) y "la dejó en eso", como ahora dicen.

¡Qué angustia! Si censurable es la actitud del comisario del acto delictivo, también lo son quienes estaban al lado y no vieron o fingieron no percibir al agresor, porque es ese su nombre y no otro: la señora tuvo que volver a casa con la carga y sin su puntal y, sobre todo, frustrada, porque hay personas que merecen palos.

Hubo en la cola complicidad, ceguera de la peor o una indolencia que asusta y ahí voy a la primera parte de lo narrado con el neologismo precuela, como se conoce en lenguaje cinematográfico a la obra que sigue a la central.

En la última feria de la avenida Felino Figueredo, donde venden el pescado, escuchamos a una "dama" decir: "Ahí viene la vieja e porra esa haciéndose con su bastón"; nuestra amiga la escuchó y ripostó enérgica pero educadamente: "Si no tuviera problemas, jamás me acogería a ese beneficio, dado por el Estado y las instituciones para personas con discapacidad".

La excamarada no es de esos descarados que se escudan en un carné de impedido para hacer de las suyas, hecho que las direcciones de

esas instituciones llevan a punta de lápiz y adoptan medidas, nos consta.

En la historia principal, faltó, asimismo, alguien con ese sentido justiciero característico del cubano desde los albores de nuestra nacionalidad: "¿Adónde usted va con eso, es suyo? devuélvalo", hubiera sido solución, pero ¡nada!

El ladrón pasó por la escuela, pero las enseñanzas de sus maestros sobre honestidad, solidaridad, respeto... le resbalaron, igual que a algunos de los consumidores.

Por suerte, estos seres son ínfimos ante la multitud defensora de esos y otros valores humanos; por lo pronto ya la antigua colega se apoya en un bastón prestado.



A vuelta de correos

Por **EUGENIO PÉREZ ALMARALES**
reperez@enet.cu

Ayudemos a Caballero a recuperar su expediente

Un bolso verde, de mano, con importantes documentos personales, perdió el lunes último, alrededor de las 10:00 de la noche, Carlos Luis Caballero Suárez, al descender de un ómnibus procedente de La Habana, en la parada de la Fábrica de refrescos, de Bayamo.

Nuestro lector lamenta, sobre todo, el extravío de su expediente laboral, de instructor de arte, y agradecería a quien lo ayude a recuperarlo.

Caballero Suárez reside en la calle Libertad, número 16, en Santa Rita, y pueden llamarlo al teléfono 23373334.



Pesquisas activas, medida preventiva

Fotos **RAFAEL MARTÍNEZ ARIAS**

